

Romanos 5:1-5

Romanos 5:1-5: Sermón de Bell Gardens o El Paso Predicado en Lima 12 octubre de 2003

¹Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, ²por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. ³Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; ⁴y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; ⁵y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

La paz con Dios. Si los hombres lo saben o no, su más grande necesidad en la vida es tener paz con Dios. El evangelista norteamericano, Billy Graham, escribió un libro con ese título que por muchos años fue muy popular. Al parecer hay multitudes que sienten esa necesidad, cuya alma tiene sed de estar en paz con Dios, pero que no están seguras de tenerla y quisieran poder estar seguros.

Hoy vamos a hablar, entre otras cosas, de la paz con Dios. Sin embargo, vamos a ir un paso más a fondo en el plan de Dios para nuestra salvación — a nuestra justificación. La verdad es, la paz de Dios es sólo uno de tres grandes resultados de nuestra justificación por Jesucristo. En la justificación tenemos todos los tesoros de la bendición espiritual de Dios. Meditemos hoy en el tema: Los resultados de nuestra justificación. I. La paz con Dios. II. La esperanza de la gloria de Dios. III. La habilidad de gloriarnos aun en las tribulaciones.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Cristo es el centro de nuestra meditación, porque Cristo es el centro y el agente de nuestra salvación. Nuestro texto declara que está establecida la paz con Dios, pero eso sucedió “por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Y los últimos versículos del capítulo anterior nos hablan de él. “Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Nuestra justificación, esto es, que Dios mismo nos declara justos y aceptables, descansa sobre el gran hecho de la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Cristo, el justo, murió por nosotros, los injustos, y por esta sustitución nosotros somos aceptados como justos delante de Dios. Su resurrección es el testimonio y la declaración efectiva e incontrovertible de nuestra aceptación por Dios, y sencillamente creyendo en él hacemos nuestra posesión personal este gran hecho de la justificación del

pecador. “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28).

La justificación básicamente es otra manera de expresar la realidad de que hablamos en la expresión “el perdón de los pecados”. Ser declarado justo es ser declarado libre de pecados. Y cuando es al pecador, al injusto que se justifica por la muerte y la resurrección de Cristo, eso es posible solamente porque Dios ya no los toma en cuenta — los perdona.

Y éste es el requisito absoluto para nuestra paz con Dios. “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Rom. 1:18). Nuestros pecados, nuestras rebeliones, los pensamientos de nuestro corazón corrupto, todo eso había atraído solamente la enemistad de Dios. Nos sujetó a la condenación. Si tuviéramos que aparecer ante el trono de Dios con nuestros pecados, el futuro para nosotros sería una eterna separación de Dios en el tormento del infierno.

Pero la Escritura nos dice que esa inmensa carga ha sido levantada de nosotros. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Cristo ha anulado el decreto de castigo que estaba en efecto contra nosotros. Con su muerte expió toda nuestra culpa. La deuda ha sido pagada.

Quiero decir esto en las palabras más claras y sencillas que puedo, porque es importantísimo para que puedan compartir la paz con Dios. Ustedes y yo pecamos. Dios no puede soportar el pecado. La única manera de no enviarnos al sufrimiento eterno en el infierno era castigar nuestro pecado en otra forma. Eso lo hizo por la muerte de Cristo, su propio Hijo, en la cruz. Y como nuestro pecado ya ha sido pagado, declara que nosotros estamos libres de él. Y si según su punto de vista ya no tenemos pecado, ya no tiene que ser nuestro enemigo. El está en paz con nosotros.

“Tenemos paz con Dios”, ha escrito Pablo. Sin embargo, por un error muy sencillo pero desastroso muchos han sido llevados a dudar de su cristianismo y de su salvación. Leen este versículo como si dijera: “Nosotros sentimos profundamente que estamos en paz con Dios”. Como si Pablo estuviera hablando de un sentimiento en nuestro corazón. Pero Pablo no está hablando de eso. Lo que él afirma es que existe la paz con Dios, que la paz con Dios es un hecho, una realidad. Está fundada en la obra de Cristo quien por su muerte y resurrección destruyó el pecado, la causa de la enemistad. Y la paz con Dios está establecida si yo la siento en este momento o no. No somos nosotros los que tenemos que hacer la paz con Dios. Dios la ha hecho, y ahora nos la declara como una de sus promesas infalibles. De modo

que, si la siento o no, debo aferrarme a su promesa y tener la certeza de que Dios me ama y está en paz conmigo. Hay paz con Dios.

Claro que entre más profundamente penetre en mi corazón la convicción de la verdad de la paz que Cristo logró por mí con su muerte en la cruz, más consuelo y paz sentiré también en el corazón. Pero la paz con Dios no tiene que esperar esa paz interior, sino que, tan seguramente como Cristo murió y resucitó, él ha hecho también la paz entre Dios y los hombres, y yo, como un ser humano, tengo el derecho de poner mi confianza en eso, y así participar de la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento.

El segundo resultado de la justificación es la esperanza de la gloria de Dios. “Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Esto, en primer lugar, significa que en el último día y luego por toda la eternidad esperamos ver la gloria de Dios. Esperamos llegar a la presencia de Dios en el cielo. Y es claro que esto otra vez tiene que depender de la justificación. Si Dios no nos hubiera declarado libres de los pecados, perdonados, no habríamos visto otra cosa sino la ira de Dios. Pero, otra vez, gracias al sacrificio de Cristo, nuestra condenación ha sido quitada, y ahora nada puede separarnos del amor de Dios por toda la eternidad. Por la fe en él somos unidos a Cristo, y como él ha ascendido hasta lo alto, nosotros también estamos seguros de llegar a la felicidad celestial.

Lo más trascendental de ese hecho está en que allí veremos a Dios como él es, en toda su gloria, vestido de toda su magnificencia. La gloria puede ser una palabra algo abstracta. En el Antiguo Testamento se usaba la palabra por lo que hacía a un hombre impresionante, — alto prestigio, gran riqueza y cosas por el estilo. La gloria de Dios, entonces, es lo que lo hace impresionante a nuestra vista a Dios, todo su poder, su grandeza, y sobre todo la riqueza de su amor. Todo eso veremos con toda claridad en el futuro celestial.

Pero esta esperanza de la gloria de Dios incluye otra cosa también. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser: pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. Viendo a Cristo y a su Padre en toda su gloria, nosotros mismos compartiremos esa gloria. Nuestro cuerpo, que se siembra en deshonra, resucitará en gloria. Nosotros mismos nos asombraremos por los cambios en nosotros, por la honra y dignidad con que Dios nos vestirá en los cielos, y le daremos la gloria por eso por los siglos de los siglos.

Tenemos la esperanza de la gloria de Dios. La Biblia no usa el término “esperanza” para querer decir “un vago deseo” o algo por el estilo. “Esperanza” en la Biblia quiere decir la absoluta confianza, la seguridad de lo que se verá en el futuro. Y cuando se basa en las promesas del Señor de gloria, quien sacrificó su propia vida para justificarnos, no puede existir la mínima duda de que heredaremos la gloria de Dios. Miren, entonces, hermanos, hacia el futuro con la segura esperanza de recibir la gloria celestial.

Y esto, finalmente, nos lleva al tercer gran resultado de la justificación, el cual sería imposible afirmar si no fuera por los otros dos, es decir, que nos gloriamos aún en las tribulaciones. En cuanto a la habilidad de hacer eso consistentemente, creo que es algo que crece gradualmente en nuestra vida cristiana; es algo totalmente contrario a todas nuestras inclinaciones naturales.

Sin embargo, siendo justificados por Cristo, tenemos toda la razón en gloriarnos hasta en nuestras tribulaciones. Sabemos que nuestras tribulaciones ya no pueden ser las manifestaciones de la ira de Dios, castigándonos por nuestros pecados. Ya somos justificados en Cristo. El que ya ha castigado nuestros pecados en el cuerpo de Cristo en la cruz no puede castigarlos otra vez en nosotros, los que creemos en su Hijo. Pero eso nos deja sólo una alternativa; todos los dolores y tribulaciones de esta vida no son otra cosa sino la sana disciplina de un Padre lleno de amor que corrige y guía a sus hijos para su mayor provecho. Estamos en paz con Dios. Sabemos que los sufrimientos del presente no pueden negar la gloria venidera. Sabemos que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Y así, fijándonos firmemente en estas verdades, experimentamos que la tribulación nos puede aprovechar, produciendo en nosotros la paciencia, esa cualidad de perdurar bajo el peso de las tribulaciones hasta que Dios nos las quite. Y esa paciencia produce prueba, el estado de ser refinados y hallados genuinos. Puede dolernos la tribulación, pero es un dolor que sana, como si Dios fuera el cirujano que corta el cáncer del pecado para salvar la vida espiritual. Y, al experimentar una y otra vez que Dios mismo nos libra de las tribulaciones, y que nos ha beneficiado por medio de ellas, llegamos a tener una esperanza más firme en la fidelidad y la misericordia de Dios. Estamos convencidos del amor de Dios, porque el Espíritu mismo lo ha derramado en nuestro corazón, llevándonos a creer en Jesucristo y en su justicia, y por esta razón, podemos hasta gloriarnos en las tribulaciones. Así que hay tres grandes resultados de la justificación por Jesucristo: la paz con Dios, la esperanza de la gloria de Dios, y hasta la habilidad de gloriarnos en las tribulaciones. Al único Dios, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, sean las gracias y la gloria eternas por estos beneficios. Amén.

